

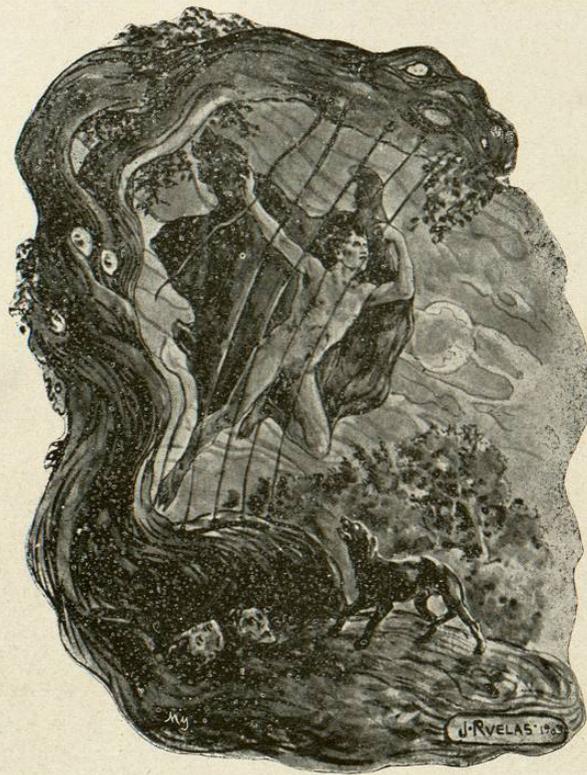
que se alza y que los brazos de los árboles agita
en la ráfaga de plata de los álamos copados,
de los cedros de la huerta,
en la rígida pirámide que se encorva, que crepita;
en los anchos abanicos de las palmas resonantes. . . .
El rumor del arroyuelo, que ora acrece más el viento,
desgranando va su acento,
como en páteras de oro gargantillas de diamantes.

Un rumor.... dos bocas juntas por el beso.... El viento arrecia.
Una nube apaga el astro,
nube prófuga en el cielo del brillante plenilunio;
en el soto obscurecido ríe un sátiro de Grecia. . . .
Al través de un alabastro
ó de un velo ebúrneo brilla —¡oh letal noche de junio!—
el claror pálido y tenue de la luna que agoniza.
Otro beso.... Ardientes, fijos, de la noche entre las gasas,
dos pupilas como brasas. . . .
es Satán que sin ruido por el huerto se desliza.

Un rumor.... el de las hojas de los lirios doblegados
por las huellas invisibles

de las hadas fugitivas en el seno de la noche,
á la trémula vislumbre de los lagos irisados. . . .

En las cáceas inflexibles
erizándose la púa, en las rosas roto el broche,
casto sello de pureza; y las lágrimas del cielo



emperlando los botones de las tersas amapolas
cuyos pétalos á solas
se desprenden como alas sin alientos para el vuelo.

Oh la Casta ¡Oh la Pura! Un rumor. . . . en el follaje. . . .
¿hojas? ¿besos? . . . el rüido
treme, marcha, crece, invade, y los términos atruena;
es el bosque inmensa lira de fantástico cordaje
por los vientos sacudido. . . .

Un relámpago sin nubes el espacio cubre, llena. . . .
su salterio demoniaco despedaza el huracán. . . .
un arcángel pesaroso se desprende hacia los montes;
y en los negros horizontes
una risa, áspera risa. . . . es la risa de Satán.



LA VOZ DE ÉL.

En la enorme caverna
en que ruedan los astros,
miré dos viejos —tristes inmortales:—
el Tiempo y el Espacio.
De las cuencas sin luces de sus ojos
brotaba algo muy tetro: era su llanto;

corriente que inundaba el Universo,
¡ay! la caverna enorme
en que ruedan los astros.

Devoraban los séres y las cosas
sus entrañas; sus labios
secos y mudos parecían plegarse
en una mueca mística de espanto;
queriendo huir uno de otro, y siempre
confundidos los dos en un abrazo,
en un abrazo! . . . no, en imposible
penetración, acaso,
brutal de la materia en la materia,
bajo el alma armonía de los astros.

¿Qué hacen? pregunté, y muy lejana
clamó una voz con vibraciones de arco
en un violín diabólico: interpela
á la verdad y al pensamiento humanos:
sus hijos son y el eco vago, lento,
se disipó en los términos del antro,

del Universo, la caverna enorme
en que ruedan los astros. . . .

Y pensé en Dios!

*
* *

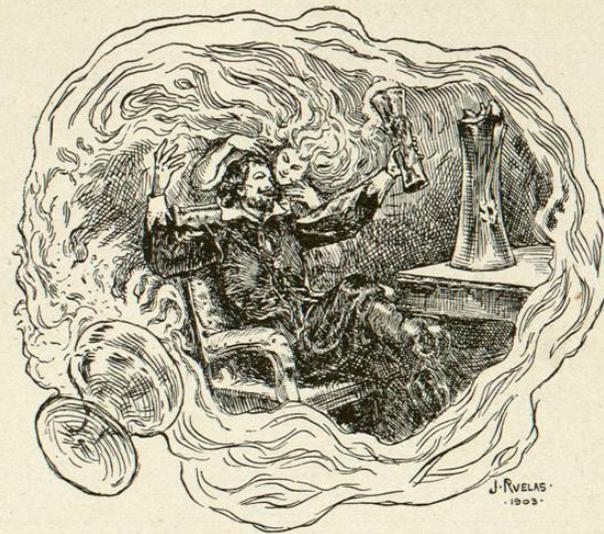
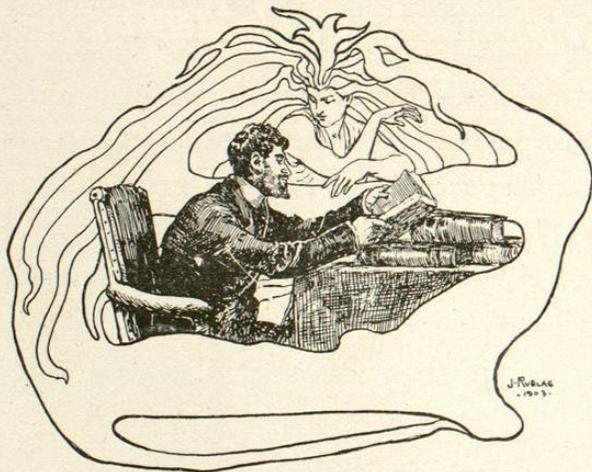
La luz de la mañana
las cumbres de los montes reteña;
y cual crespones de color de oro,
los celajes arriba
flotaban, bajo el ala de los vientos,
y en el azul del cielo se fundían.
Número orquestación la de las aves
en la fronda undulada por las brisas,
de las corrientes sueltas por el beso
del sol sobre la nieve de las cimas,
el despertar del caserío, el rudo
rumor de las vacadas pensativas,
las voces de los rústicos boyeros,
la alegre de la esquila,
el trabajo en sus múltiples faenas,
la explosión de la vida. . . .

No luchaban el Tiempo y el Espacio;
los dos como arco iris se prendían
en mi espíritu atónito, insaciable
de Verdad y de Amor.... y de rodillas
caí dentro la gran Naturaleza,
en lágrimas bañadas las pupilas.

No era una caverna el Universo,
ni arena del Dolor y de la Ira:
era el palenque del Deber cumplido,
de Amor y de Esperanza fuente viva....

Mi alma era una hostia en el Espacio,
en el Tiempo una lira....

Y pensé en Kant!



LA VOZ DE ÉL.

Bebe!.... Vamos! En la llama
roja del *punch* incandesce
tu alma medrosa y triste,
que es la vida buena y breve.
En el cristal de Bohemia
de este *Cognac* blondo bebe,
ó el ópalo del ajeno
con trémula mano vierte.

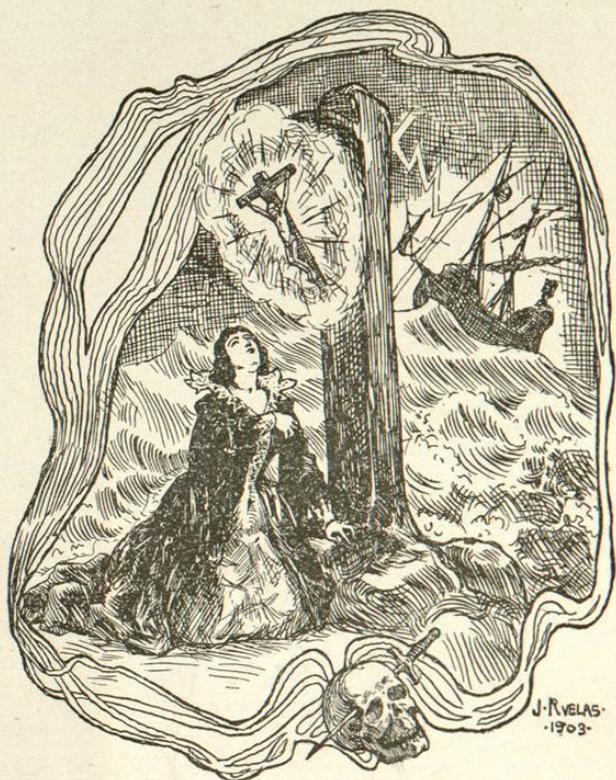
Baco es viejo. . . . pero es grato. . . .
no te embriagues de Hipocrene.

Hay más luz en una gota
glauca de vino que puede
verter el sol en el cielo. . . .
Si tienes pesares. . . . bebe!
Yo tuve una novia. . . . yo
fuí su amante. . . . era de nieve
mi novia. . . . ¡mira el topacio
de este jerez, cuál se enciende!
No, dije mal, que mi novia
era de fuego y de nieve.

Me amaba? Creo que sí. . . .
si tienes pesares. . . . bebe!
Se murió? No se murió,
pues el recuerdo no muere.
Yo tuve una novia. . . . yo,
una noche. . . . como un duende
me deslicé en su jardín
como la vida ó la muerte.

Te digo: noche de luna. . . .
si tienes pesares. . . . bebe!

Como la muerte. . . no, no,
una noche. . . . nunca beses. . . .
Yo conocí un gran tonel
y fuí feliz en su vientre;
cuando me vieron feliz
me quisieron diferente;
las burbujas del *Champagne*
son las novias de los duendes. . . .
. . . . ¿Te ríes ó lloras? ¡Amor!
si tienes pesares. . . . bebe!



LA VOZ DE ELLA

(Como un amanecer dulce y tranquilo
su profunda mirada,
en la sombra del amplio peristilo

del templo se expandió. En la cerrada nave sus pasos resonaron lentos; y en un confesonario buscó asilo, tratando de domar sus pensamientos. Voces quebradas por la tos se oían diciendo la oración con la premura del que quiere abreviar una tarea, y sin alas, monótonas, caían del misterio supremo en la pavora sin ningún sentimiento, ni una idea. ¿Qué almas eran aquellas? Á sus ojos los cirios al arder eran mejores ofrendas al Señor. Ella de hinojos era un cirio de férvidos amores, y sentía en las venas todo el fuego de la plegaria suya; y en la llama de la fe que la inflama, como un incienso, derramó su ruego).

«Oh, Dios! Señor!... le amé, le amo ahora.
¿Cómo ese cuerpo y esa alma pudo tu poder allegar á mi inocencia?

Era su voz un canto de la aurora
y su palabra redoblado escudo
y espada fulgurante, en tu presencia!
Tú le diste, Señor, toda su ciencia
y toda su hermosura,
y él apuró á tu vista en este vaso
de mi carne, tremante de deseo,
el agua de mi amor, límpida y pura,
y me miraste débil á su paso
arrojada, Señor, como un trofeo. . . .

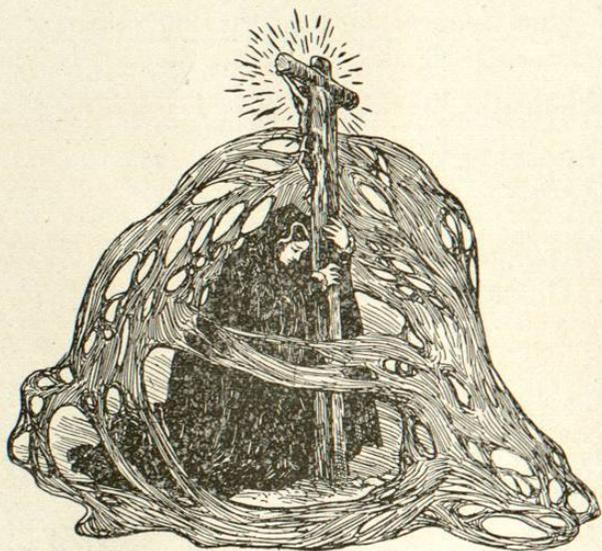
Le amé. Le amo aún. Su boca era
como un cáliz de miel y de amargura;
su beso, golondrina pasajera,
con sus alas quemó mis labios rojos,
le abrigué con mi blonda cabellera
arrullando su sueño entre mis brazos,
y me ví en las pupilas de sus ojos,
espejos de mi amor hechos pedazos.

¿Por qué me abandonó? . . . Á tus altares
he llegado, Señor, pidiendo calma,

resignación, ¡oh, Dios! para mi alma,
olvido al fin. . . . He derramado á mares
mi llanto, estérilmente;
sordo y ciego, Señor, te encuentro.... y triste
digo llena de fe, con voz doliente:
Me lo quitaste tú. . . . Tú me lo diste. . . .
y como un lirio doblaré la frente.
Porque quiero su amor entero, entero!
No su piedad ó efímero capricho,
oh Señor! en secreto te lo he dicho,
en cuerpo y alma; ¡oh Dios! así le quiero.

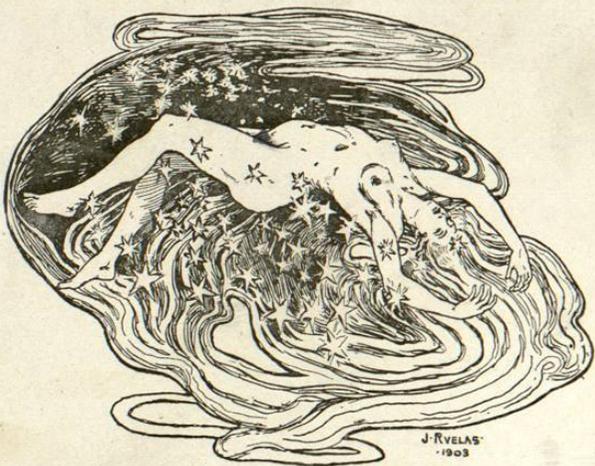
¿Qué rumbo lleva ahora por la tierra
ese espíritu lejos de tu mano,
arrastrando su ciencia por el lodo? . . .
Nada teme, Señor, nada le aterra.
He lanzado mi nave al Océano,
dice, y lo vence y lo domeña todo!
Es ráfaga brutal, y es dulce brisa,
y hay —interroga á mi alma atribulada—
mucho de ti, Señor, en su mirada. . . .
y mucho de Satán, en su sonrisa.

¡Ah! ¿qué vengo á dejar en el secreto
sacerdotal? Mi espíritu es un río
que remonta en el cauce su corriente,
y no tiene en la vida más objeto
que ascender hacia Ti, ¡oh Dios, Dios mío!
á difundirse en tu divino ambiente.
Si en medio del dolor dudé un instante,
nunca, nunca olvidé tu santo nombre,
ni blasfemé de tu bondad eterna. . . .



J. RUBIÁS
-1903-

y hoy á tus aras llego suplicante,
sin que la duda mi conciencia asombre.
. . . . ¡Ayer le ví, al pasar, en la taberna! . . .
Él tan noble! tan sabio! tan discreto!
levantaba la voz y se reía. . . .
ó lloraba. . . . no sé. . . . era lo mismo! . . .
Á tu suprema voluntad someto
su existencia y la mía;
arráncale á las fauces del abismo;
vuelve tus ojos á su afán inquieto;
y en tu misericordia, alza á tus plantas
el alma obscurecida de mi amado,
mientras yo pongo, roto, ensangrentado,
mi corazón, ante tus iras santas!»



LA VOZ DE ÉL.

Inmóvil el espacio sin riberas
treme en sí mismo. Por el hondo seno
como ronda de espectros van los astros
en inmensa espiral. Muévase insomne
el Universo estupefacto, y brillan
las largas nebulosas en el fondo
de la sidérea noche, como mata
de rizados cabellos sobre enorme

espalda de mujer, cuyas caderas
alzan en ondas rítmicas el pelo.

Es la armonía astral una sonrisa
ó un sollozo ¡quien sabe! en el semblante
de agobiada cariátide de mármol!
La luz no es un fulgor, es lampo apenas
y los soles luciérnagas que cruzan
en anchos giros la extensión. Ni un eco
resuena en aquel piélago sin nombre;
no hay un vacío en él. Con ansia loca,
infinita, los átomos rebregan—
sonámbulos eternos de la Vida—
en el ether, los mundos y la carne.

Cuando pasan —antorchas vagabundas—
los pálidos cometas, busca el alma
las manos que los llevan por la sombra
en la solemne procesión del Orbe.
Se siente una inefable, lenta, lenta
vibración en el Cosmos somnolente

y un guión luminoso: el pensamiento,
parece entre dos noches insondables.

¿Son pupilas sin párpados los astros
que ven la Eternidad llenas de lágrimas?
¿Ó que se buscan en el negro fondo
con el amor amargo de los hombres?
La procesión camina. . . . ¡Ay! esa estrella. . . .
en una flor, una esperanza, un beso,
una creencia, una ilusión, un canto,
un dolor, una duda, un sacrificio,
vertió á la vez su resplandor de nácar!

Vamos sobre el abismo, en el abismo.
Bajo el abismo, en el abismo. Dora
un crepúsculo lívido los límites,
y la nieve enarriña la aéreas
cimas que alzan hacia el cielo. Acaso
así las almas al subir se cubren
con el casto vellón de la pureza.
El secreto de amor que en una ascua
se revela en fulgores, es el mismo

que incandesce el espíritu, al contacto
del misterio profundo de los cielos,
donde el divino hálito trasciende
de la Verdad y el Bien, que son la Vida.

.....

Oh, Dios! no eres pálida quimera.
Fuera, ó dentro de mí, es cierto el Orbe
y es tu obra ¡Señor! Tu aliento sopla
sobre el pinar del monte, sobre el tallo
del simbólico lirio de los valles,

